

otras cosas: «Si Dios me conduce hasta San Petersburgo, enviaré á mi esposa (la emperatriz) á un convento, en donde podrá orar para que le sean perdonados sus pecados. Me apoderaré de todos los bienes y aldeas de los boyardos, y mandaré ahorcar á todos aquellos que me lanzaron del trono.» Luego lloraba amargamente y añadía: «Dios quiera concederme la gracia de dejarme llegar á San Petersburgo y ver bien tratado á mi hijo.»

Unas veces se le veía besar la imagen de Pablo (1), otras tenía á su lado á un joven á quien presentaba al pueblo como su hijo, el gran duque Pablo (2). Pero esto era solo accesorio y accidental; al fingirse Pedro III, lo esencial era que iniciaba una revolucion social, prometía á los vasallos la libertad y juraba la muerte de la nobleza. En un discurso dijo: «Yo soy vuestro legítimo emperador: mi esposa se ha aliado con el partido de la nobleza, pero yo he jurado por Dios que acabaré con todos esos nobles. La aristocracia ha inducido á mi mujer á que os dejara á todos en la servidumbre: yo me opongo á esos designios, y por esto se levantan contra mí y me envían asesinos para que me den muerte. Dios me salva: me escondo en los bosques del gobierno de Woronesh y regreso de allí para libertar á la patria y salvar la libertad que es el don mas precioso para el pueblo ruso, etc., etc. (3).»

En las circunstancias en que el pueblo se encontraba le era imposible resistir á la tentacion; grandes masas se apoderó de algunas plazas fuertes, ahorcando á sus comandantes ó dándoles muerte por otros medios. Todo el Sudeste de Rusia fué en poco tiempo presa de la rebelion.

En el Centro se había despreciado, en un principio, el peligro que por parte de Pugatscheff amenazaba. El precio que se puso á la cabeza del falso pretendiente demuestra que no se conoció sino por grados toda la extension de la calamidad: primero se ofrecieron 500 rublos por la captura de Pugatscheff y 250 por la entrega de su cadáver; algunos meses despues se dijo que se pagarian 10,000 por su captura y 5,000 por su cabeza, hasta que por último Pablo Potemkin ofreció 24,000 y mas al que lo presentara vivo (4).

Sin cuidarse de estos movimientos, la corte celebró en 1773 las bodas del gran duque Pablo, mientras Pugatscheff conseguía sus primeros triunfos. Poco despues, en octubre, llegó á la capital la primera noticia de los sucesos, sin que se le diera gran importancia; pero á fines de noviembre circulaban por la ciudad y eran pasto de todas las conversaciones las noticias mas alarmantes. En la animada correspondencia que sostuvieron la emperatriz y el príncipe M. N. Wolkonsky, encontramos mencionados por vez primera estos hechos en una carta del último, fechada en 23 de noviembre de 1773. En ella se expresaba el temor de que las tropas enviadas á instancias del gobernador de Kasan al lugar de los sucesos no serian suficientes para acabar con la rebelion, porque todas aquellas poblaciones estaban amotinadas (5). Segun parece, al público se le ocultó en lo posible la gravedad del peligro. Bolotoff, que se encontraba en enero de 1774 en Moscou, observa en sus Memorias que todos hablaban de Pugatscheff, pero que al propio tiempo se reian de la temeridad de aquel criminal y esperaban

(1) Memorias de Bibikoff. Moscou, 1865, pág. 129.

(2) Ikonikoff, II, 402, donde sin embargo se encuentran juicios inexactos sobre los documentos.

(3) Mordonzeff, segun los manuscritos de un contemporáneo.

(4) Grot. Dershawin, V, 164.

(5) Siglo diez y ocho, I, 125. Las primeras disposiciones de Catalina, referentes á la partida de Carr para el teatro de la guerra, están fechadas en 14 de octubre. *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XIII, 363.

confiados en que las tropas que contra él se habían enviado pondrian pronto término al movimiento. «¡Cuán poco, añade Bolotoff (que escribía en 1808), sospechábamos entonces lo que había de suceder y el horroroso incendio que aquella chispa había de originar!» Pronto se supo que las tropas mandadas por el general Carr y enviadas para combatir á Pugatscheff, no habían podido triunfar y que, como decia Bolotoff, «terminaban las bromas:» entonces todo fué alarma y temor en la antigua capital (6).

Catalina no podía comprender cómo había podido producirse tamaña desgracia, y esperaba que las ejecuciones brutales ordenadas por Pugatscheff y por sus camaradas le atraerian la antipatia del pueblo. La emperatriz comprendió la ventaja que podía sacar de que Pugatscheff perdiera mucho tiempo en el sitio de Orenburgo. «Dios sabe, escribía en 1.º de diciembre de 1773 á Wolkonsky, cuándo terminará esto; quizás los rebeldes se dispersarán por su propio impulso. Mi gobierno comienza á parecerse, en sorprendentes aventuras, al de Pedro I; pero, si Dios nos ampara, seguiremos el ejemplo de nuestro abuelo y no desesperaremos del éxito de nuestra empresa (7).»

Los dignatarios rusos procuraron explicar el fracaso de la expedicion del general Carr, diciendo que contaba con pocas fuerzas para derrotar á los rebeldes, y que además no podía tener entera confianza en sus tropas; pero al mismo tiempo daban escasa importancia á lo sucedido. El vice-canciller Colizyn escribía, en enero de 1774, al embajador ruso en Berlin: «Ya habreis sin duda oído hablar de los sucesos de Orenburgo. El rumor público les ha dado excesiva importancia: la rebelion ha sido promovida por ladrones y vagabundos, que se han aprovechado de la ausencia de tropas (8).» Cuando Carr, acobardado, se separó de sus soldados y se presentó en Moscou, pretextando una enfermedad, las noticias que dió llamaron la atencion. Wolkonsky manifestó á la emperatriz que había impuesto absoluto silencio al general que tan ignominiosamente había regresado, y que había procurado tranquilizar al pueblo pintándole la rebelion como un hecho sin importancia, cuyos autores pronto desaparecerian (9). El hecho de que Catalina, al tener noticia del desgraciado éxito de la mision de Carr, enviara al lugar de los sucesos á A. I. Bibikoff con tres regimientos, demuestra que iba poco á poco reconociendo la gravedad de la rebelion. Bibikoff gozaba de la confianza de la emperatriz, formaba parte del círculo de los amigos de esta y había dado varias pruebas de talento y de energia (10). Desde que Catalina le nombró dictador en el Este, mantuvo con él animada correspondencia, y las muchas cartas de la emperatriz pueden servir de medida para conocer la atencion que dispensaba á los acontecimientos, á pesar de que en aquella misma época estaba empeñada y era preciso sostener á costa de muchos sacrificios la guerra contra los turcos.

Mientras el Consejo del Imperio á cuyas sesiones asistía con frecuencia la emperatriz desempeñando en ellas un papel importante, discutía acerca de los medios de combatir la rebelion durante los meses de invierno, á partir del 15 de octubre, y mientras Catalina manifestaba francamente el temor de que la plaza de Orenburgo, sitiada por Pugatscheff, no podría sostenerse (11), se pensaba aun en tranquilizar á

(6) Bolotoff, Memorias, III, 349, 352.

(7) Siglo diez y ocho, I, 127.

(8) Schchebalsky, pág. 60.

(9) Siglo diez y ocho, I, 128.

(10) Véase la instruccion dada á Bibikoff, en la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XIII, 367. Los interesantes detalles acerca de su nombramiento se encuentran en las Memorias de Bibikoff, pág. 108.

(11) Véase la edicion del *Archivo del Consejo del Imperio* I, 442.

la opinion pública. Cuando en el Consejo se redactó un manifiesto referente al levantamiento, en el cual se hacia un paralelo entre Pugatscheff y el primer falso Demetrio, algunos dignatarios opinaron que la comparacion no estaba en su lugar y que tendria funesta influencia, porque daba á aquel hecho gran importancia y á los rebeldes una idea demasiado elevada de sus actos. Catalina aprobó la primera redaccion, pues opinaba que aquella analogía histórica aumentaria la indignacion que el nombre de Pugatscheff podía producir. En los debates que el Consejo del Imperio sostuvo sobre esta cuestion, aparece en primer término el modo personalista de pensar y de gobernar de la emperatriz. Por eso las actas de las sesiones de aquel Consejo supremo del Imperio ofrecen algunos datos importantes para la historia de Catalina.

La emperatriz escribía, en 10 de diciembre de 1773, á J. J. Sievers, gobernador de Nowgorod, muy adicto á su persona: «Dos años hace que tuve la peste en el corazon del Imperio; y ahora tengo en las fronteras del reino de Kasan una peste política que nos da mucho que hacer (1)... Con el auxilio de Dios triunfaremos, pues entre aquellos perdidos no hay talento, ni órden, ni habilidad, siendo tan solo una coleccion de malvados á cuyo frente se encuentra un impostor tan cruel como insolente. Esto ha de acabar con la horca. Pero ¡qué perspectiva para mí que aborrezco la horca! La opinion de Europa nos hará retroceder hasta los tiempos de Ivan Basiliowitz: tal es el honor que hemos de esperar para nuestro Imperio de ese despreciable juego de muchachos. He dado órden para que no se tuviera en secreto nada de lo que á esta lucha se refiera, pues es bueno que la gente exprese su opinion acerca de ella, etc., etc.» En una contestacion á la emperatriz la aconsejaba Sievers que publicara un manifiesto dando cuenta del estado de la cuestion y decía: «El pueblo necesita novedades, y si carece de las que son reales y positivas, las inventa.» Mas adelante escribía diciendo que mas que por Orenburgo temia por Astrakan, que ya en tiempo de Stenka Rasin y del emperador Pedro había sido centro de rebeliones (2).

En una carta á la señora Bjelke, fechada en 16 de enero de 1774, ponía Catalina en duda que en Kasan hubiese estallado una rebelion; decia que en la provincia de Orenburgo, que confinaba con aquel reino, habían aparecido numerosas bandas de ladrones, cuyo caudillo se presentaba ora como Pedro III, ora como su gobernador; que 500 personas de edad y condiciones distintas habían sido ahorcadas por los rebeldes; que Carr, con su pusilanidad, había empeorado la situacion; y que Bibikoff, segun todas las probabilidades, lo pondria todo en órden. Y confidencialmente exponía la emperatriz en su carta á su amiga, la topografía del territorio de los rebeldes, manifestaba que en épocas anteriores habían ocurrido sucesos análogos en los mismos lugares, y procuraba presentar como un acto de heroísmo y de amor á la patria la abnegacion de la nobleza de Kasan que, al llegar Bibikoff, se había ofrecido á proporcionar armas y soldados (3).

En 9 de febrero de 1774 escribía la emperatriz á Bibikoff, entre otras cosas, lo siguiente: «No perdais un momento para acabar cuanto antes con esa fatal y vergonzosa rebelion: ruegos, por amor de Dios, que pongais todo vuestro empeño en destruir á esos criminales que nos deshonran á los ojos del mundo entero.» A continuacion le manifiesta cómo debe

(1) *Qui nous donne du fil à retordre.*

(2) Blum II, 33-35, 545-546.

(3) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XIII, 382-384. *Tout cela finira dans peu*, etc. etc.

castigarse y recompensarse para influir en el ánimo de las poblaciones (4). En el propio día escribía á la señora de Bjelke en tono tranquilizador que la rebelion que tanto aterraba á su amiga tendria un fin desgraciado para los miserables que habían tomado parte en ella. Sorprenden en alto grado, añadía, las mentiras que se insertan en los periódicos diciendo que algunos oficiales de alta graduacion han tomado parte en el levantamiento, etc. (5). Catalina escribía á Voltaire, en tono burlon, hablando de la sublevacion como de una niñería, y diciendo que pronto seria ahorcado Pugatscheff (6). En otra carta procuraba presentar como definitivos los triunfos conseguidos por Colizyn sobre los rebeldes. Burlábase de que en la Europa occidental se hablase del talento de Pugatscheff, á quien pintaba como un «necio borracho» que había sido azotado varias veces por los mismos cosacos, etc. (7). Tambien escribió Catalina á Grimm diciéndole que Pugatscheff tenía que levantar el sitio de Orenburgo y que toda aquella farsa terminaria pronto, como ya había indicado, con algunos castigos corporales y algunas ejecuciones. A menudo Catalina en sus cartas á Grimm, llamaba al jefe de los rebeldes «el marqués de Pugatscheff» (8).

Pero esta exposicion de los sucesos era demasiado optimista y se avenia poco con la realidad de los hechos. En los primeros meses de 1774 se estaba todavía muy léjos de la pacificacion del Sudeste: en cambio, se acercaban los mas graves peligros.

Carr, en su campaña de otoño, contra los rebeldes, había tenido que luchar con las mayores dificultades: sus quejas sobre el frio intenso que tenían que sufrir sus soldados y sobre el espíritu rebelde de los militares y de los vasallos, á cuyo auxilio acudía, eran mas que fundadas; por lo cual opinaba que se necesitaban grandes esfuerzos para apagar tan violento incendio. El mal éxito de Carr en sus operaciones aumentaba la confianza de los rebeldes; era preciso reparar cuanto antes la falta cometida al tratar de combatirlos con fuerzas insuficientes (9), pero tambien esto era difícil, porque la guerra turca exigía la ausencia de la mayor y mejor parte de las tropas. La cuestion que entonces llamaba la atencion de todos era saber si Bibikoff, que se ocupaba en organizar fuerzas locales para luchar contra Pugatscheff, tendria mejor éxito que Carr en su empresa.

Las hordas de Pugatscheff, entre tanto, habían conseguido algunas victorias. Los pequeños fuertes del Volga y del Ural estaban mal fortificados y dotados de escasas guarniciones; por tanto todos se entregaron uno tras otro. Toda la poblacion de los baskirios se levantó para tomar parte en la sublevacion, y á fines de diciembre, Pugatscheff se había apoderado de la ciudad de Ssamara.

Por fortuna Bibikoff, al llegar á Kasan, supo reanimar el espíritu público é inducir á la nobleza allí reunida á que adoptara enérgicas medidas (10). Algunas tropas que se encon-

(4) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XIII, 386-387.

(5) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XIII, 87. Tengo la satisfaccion de manifestar que esa rebelion de Orenburgo que tanto os espanta y de la cual hablan tanto los que nos envidian, va caminando á fin funesto para los que han tomado parte en ella.

(6) En 4 (15) de marzo de 1774. *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XIII, 394.

(7) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XIII, 399.

(8) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XIII, 2, 6, 8.

(9) Muy detenidamente trata Ikonikoff (II, 407-414) de la conducta y actividad de Carr, aduciendo algunos datos para justificar á aquel infeliz general.

(10) Véase el trabajo de Anutschin sobre Bibikoff, en el *Correo ruso* (Wjestnik), 1872. Agosto.

traban lejos de allí fueron enviadas al lugar de la lucha; pero la situación continuaba siendo extraordinariamente difícil, porque toda la población del Sudeste estaba animada de un espíritu levantisco. Bibikoff, en una carta dirigida á Wisin, decía: «Pugatscheff no significa gran cosa: lo importante es el descontento general: Pugatscheff es un muñeco con el cual juegan los cosacos. Ahora sería la ocasión de firmar la paz con los turcos.» Posteriormente se quejó de la falta de armas, y escribió á la emperatriz pintándole la ignorancia que reinaba en toda la comarca, la inepticia completa de los oficiales, y la pereza é ineptitud de los funcionarios, añadiendo que no podía contarse con los soldados y mucho menos con las guarniciones de las fortalezas. Decía también á su

mujer que los hechos habían sobrepujado á sus más tristes temores por lo lamentable de las circunstancias y por la conducta de las poblaciones especialmente, y añadía que no contaba con tropas suficientes. A pesar de todo, Bibikoff y su ayudante, el poeta Dershawin, procedieron con gran energía y resolvieron, en ciertos casos, proceder á algunas ejecuciones. Dershawin, sobre todo, se inclinaba á los medios terroríficos, al paso que Bibikoff, á quien la emperatriz había aconsejado prudencia y moderación, solo de mala gana hacía un uso riguroso de los plenos poderes que le habían sido confiados. Un acontecimiento propicio fué la victoria conseguida por el príncipe Colizyn en la fortaleza de Tatischtschewskaja sobre las hordas de Pugatscheff (22 de marzo



Una calle de Moscú, en tiempo de Catalina II. Reduccion de un grabado de Ducfeldt

de 1774) (1). A consecuencia de esta victoria fueron hechos prisioneros algunos millares de rebeldes, dispersándose los demás en distintas direcciones, y quedando levantado el sitio de Orenburgo.

Otra derrota de los rebeldes por Colizyn sucedió pronto á la primera; pero al mismo tiempo que la noticia de estos triunfos militares, llegó la de la muerte de Bibikoff, que falleció en 9 de abril, en la aldea de Bugulma, víctima de una fiebre maligna. Los esfuerzos extraordinarios que tuvo que hacer, la tirantez de la situación y la consideración del peligro produjeron aquella enfermedad, que ocasionó una muerte tanto más rápida, cuanto que no se pudieron prodigar desde luego al enfermo los auxilios facultativos. En una Memoria de embajada que se publicó en aquellos días, puede verse con cuánto dolor fué recibida la noticia en la capital.

(1) Véanse las Memorias de Runitsch en la *Russkaja Starina*, II, 127. Acerca de los servicios prestados por Dershawin, véase la edición de sus documentos publicada por Grot, VIII, 114.

Dijose despues, que Bibikoff había manifestado en su Memoria el convencimiento de que la sublevación no acabaría fácilmente por los medios militares y que era preciso pensar seriamente en contentar por medio de radicales reformas al pueblo que se quejaba con razón (2).

El contagio de aquel espíritu de descontento general y de indignación podía fácilmente ser causa de una violenta crisis en el centro del imperio. El pueblo de distintas comarcas y aun de Moscú simpatizaba con Pugatscheff; en los mercados se notaba cierta agitación, y en Moscú comenzaron á establecerse algunos agentes de los rebeldes.

Por las cartas de Wolkonsky á la emperatriz vemos que él mismo, como gobernador de la antigua capital, desconfiaba del espíritu de la población moscovita, hacia vigilar, en las

(2) Memoria de R. Gunning en la *Ilustración de la Sociedad histórica*, XIX, 414, 418. *They would not be able to suppress this rebellion by force alone; but that some means must be found to satisfy the people, who were not without just cause of complaint.*

calles y plazas públicas, por medio de espías, á los charlatanes y alborotadores y adoptaba algunas medidas de policía contra el espíritu rebelde de la plebe. Un extranjero que entonces habitaba en Moscú, refiere que el espíritu levantisco se había hecho general y que en todos los tribunales de policía ocurrían continuas ejecuciones, sin que á pesar de esto pudiese remediarse aquella calamidad. En muchos puntos de la antigua capital se habían oído gritos de «¡Viva Pedro III!» ó «¡Viva Pugatscheff!» y se temía un levantamiento general. Muchos de los que eran azotados no cesaban de gritar, mientras se les aplicaba el castigo: «¡Hurrah por Pedro III!» Para sofocar el espíritu de rebelión, propálose el rumor de que Pugatscheff había sido completamente derrotado juntamente con todos sus partidarios. Todas las cartas particulares eran abiertas: todos los propietarios de alguna casa debían renovar el juramento de fidelidad prestado á la emperatriz Catalina; pero siempre se descubrían nuevos manifiestos de los rebeldes, siempre resonaba el grito de «¡Viva Pedro III!» y hubo necesidad de decapitar á algunos agitadores. La casa de Wolkonsky se convirtió en un verdadero parque de artillería: gran número de patrullas recorrían las calles y se hablaba de un atentado proyectado contra la emperatriz, contra su hijo y contra la esposa de este (1).

Dos años antes, y con motivo de la peste, habían ocurrido en la capital graves excesos; había sido asesinado, dentro de un templo, por la plebe un elevado sacerdote, y á duras penas había podido restablecerse el orden. Las clases acomodadas se acordaban de tales sucesos y temían á cada instante verlos reproducidos. El propietario Bolotoff hace constar que así á él como á sus compañeros inspiraba la rebelión las más tristes ideas: todos, según escribe, estaban convencidos de que sus vasallos y criados eran adictos de corazón á la causa de Pugatscheff y de que á la primera ocasión estallarían en Moscú un formidable levantamiento. Después nos describe la alegría que tuvo por haber podido abandonar la antigua capital concluidos ya, aunque precipitadamente, los trabajos que á ella le habían llevado (2).

Catalina, entonces (julio de 1774), escribió al director de correos, Eck, que no debía permitirse, durante algunos días, que llegara ninguna carta á Moscú (3). Creíase que Pugatscheff, con sus hordas, se dirigiría contra esta ciudad, y para aquel caso se aprestaron todos los medios de defensa. Por los detalles contenidos en la correspondencia que sostuvo la emperatriz con Wolkonsky, puede verse en conocimiento de cuán inminente se creía el peligro (4). Era general el convencimiento de que Pugatscheff, con su larga permanencia en el Este, había desperdiciado la ocasión de apoderarse de Moscú, en donde había 100,000 siervos dispuestos á abrazar su causa; y de que en caso de hacerlo, hubiera habido un gran derramamiento de sangre (5).

Después de la muerte de Bibikoff, desempeñó durante algún tiempo el principal papel en la lucha contra Pugatscheff, Pablo Potemkin, pariente lejano del favorito de la emperatriz. Quejóse Potemkin de la incapacidad de los militares que

habían dirigido las operaciones contra los rebeldes, y se lamentó del mismo mal que había sido causa del fracaso de sus antecesores, á saber: la dudosa conducta de toda la población. «La mayor desgracia, escribía á su primo, el célebre G. Potemkin, consiste en que el pueblo no es seguro, *le peuple n'est pas sur* (6).» No pudo impedirse que los rebeldes pusieran sitio á la ciudad y á la fortaleza de Kasan y que se apoderaran de la primera mientras seguía resistiendo la segunda. Más de 2,000 casas y algunas iglesias y conventos fueron presa de las llamas; los criminales de la ciudad fueron puestos en libertad, y se repitieron las escenas ocurridas un siglo antes cuando la toma de Astrakan por las hordas de Stenka Rasin.

Pugatscheff se dispuso á avanzar hacia Moscú, mientras en la orilla derecha del Volga, la rebelión tomaba á fines de julio el carácter de una guerra de siervos. Pugatscheff prometió la libertad á los siervos y les excitó á vengarse de sus señores; de suerte que en toda la comarca comprendida entre Kasan y Moscú, cometieron las más horribles violencias que nos recuerdan las más sangrientas guerras serviles de todos los tiempos (7). El peligro llegaba á su más alto grado.

Catalina, en una sesión celebrada por el Consejo del Imperio en 21 de julio, dijo que á toda costa quería ir en seguida á Moscú para dirigir en persona la resistencia contra los rebeldes y para restablecer la tranquilidad en el imperio. El conde Nikita Panin y el mariscal de campo Chernycheff le hicieron presente que el paso que quería dar aumentaría el peligro y daría mayor ánimo á los rebeldes (8). En su consecuencia se decidió revestir de una especie de dictadura al conde Pedro Panin, hermano del ministro de negocios exteriores, que había desempeñado un papel importante en la guerra turca distinguiéndose especialmente por la conquista de Bender, y enviarle al teatro de la guerra con plenos poderes.

Caro podía costar á la emperatriz el confiar aquel puesto á tal personaje. Pedro Panin, que no había sido suficientemente recompensado por sus hechos de armas, había pedido su licencia y estaba considerado en Moscú como un descontento que solía censurar duramente todos los actos del gobierno. Wolkonsky, en sus cartas á Catalina, le había señalado á esta como un «gran charlatan.» Sin embargo, el resultado demostró que la elección de Pedro Panin, en la cual tanto había influido, al parecer, su hermano, el ministro (9), fué en extremo feliz.

Era natural que Pedro Panin recibiese plenos poderes, por más que Catalina se quejara, en una carta dirigida á Potemkin, de las exageradas pretensiones que habían formulado sobre este punto los dos hermanos (10). La emperatriz sabía que estos se habían mostrado siempre dispuestos á sostener los derechos del gran duque Pablo al trono, y comprendía, por lo mismo, cuán peligroso podía ser, en los

(6) *Russkaja Starina*, II, 404. En la misma, 397-414, se encuentran algunas cartas y documentos referentes á la actividad de Potemkin.

(7) Un gran número de episodios aislados acerca de estos hechos encontramos en las modernas crónicas rusas. El asunto ha sido también tratado literariamente, entre otros por Pugatschin, en su novela *La hija del capitán*, y en la del conde Salias *Los Pugatschewsky*.

(8) *Archivo del Consejo del Imperio*, pág. 454.

(9) *Ilustración de la Sociedad histórica*: VI, 74-76: véanse allí las notables cartas de N. Panin á P. Panin explicando los hechos que habían motivado el nombramiento del último.

(10) *Los condes Panin*, por Lebedeff, San Petersburgo, 1863, pág. 116. Esta obra que contiene una porción de nuevos é importantes documentos es un libelo contra los Panin y debe ser, por tanto, utilizada con gran circunspección.

(1) Véase la carta de Catalina á Potemkin en la *Ilustración de la Sociedad histórica*, XIII, 407. Acerca de las conversaciones sediciosas de los soldados, véase la *Ilustración*, VI, 167. Narración de Belcour en la *Rusia antigua y moderna*, 1875, pág. 282. Memoria de Wolkonsky á la emperatriz en el *Siglo diez y ocho*, I, 130.

(2) Bolotoff, III, 377.

(3) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XIII, 412.

(4) *Siglo diez y ocho*, I, 138.

(5) Runitsch, en la *Russkaja Starina*, II, 216. Castera, II, 76.